



VII

Bellas Artes.



OBJETO del mayor interés han sido los monumentos encontrados en el Nuevo Mundo, cuya abundancia y suntuosidad tenían que mover á sus contempladores, á la indagación artística é histórica, de los cánones y motivos por que fueron levantados.

Aunque conocidos sólo en parte, pues quedan, sin duda, por descubrir y explorar la mayor cantidad de ellos, podemos someterlos, conforme al lugar que ocupan y especie de los que á cada comarca pertenecen, á cierta clasificación que los haga convenir con los puntos cardinales, bajo que venimos examinando todas las ramas de la antigua civilización americana.

Extraño sería hallar monumentos entre aquellas gentes que consideramos como más inferiores en el confín meridional y aun los restantes aborígenes del continente Sur; desposeídos del espíritu de sociabilidad, y apenas sedentarios, sólo cabía entre ellos la choza ó la tienda, dejando huellas de sus paradas

por los depósitos de detritus, por sus *kjokkenmoddingos*, *sambaquis* y *paraderos*, ó por alguna tosquisima representación grabada sobre las piedras.

Alguna vez habitan las cuevas, ensanchándolas cuando les precisa; tallan la piedra; cortan los árboles y tejen la fibra de algún vegetal; pero jamás pasan de aquí sus atrevimientos en las Artes y las Industrias; á esto se reducen las primitivas manifestaciones estéticas de los pueblos indígenas, en el continente meridional, excepción de algo megalítico en el Ecuador y Perú.

No ocurre lo propio entre los que tienen su principal asiento en medio del septentrional. Por las orillas del Ohio y Misissipi, en el moderno Estado de Washington y por las costas del Golfo de Méjico, desde la Florida á Texas, en el primitivo Chiapas y Yucatán, hasta en Honduras, sin faltar en el Arizona, California, Colorado, algo por la Colombia inglesa é isla de Wancower, se extienden con profusión extraordinaria esos terraplenes, conocidos hoy en la ciencia con el nombre de *Mound-Builders*, para indicar la presencia de una multitud de gentes, de ellos constructores; monumentos que, por la semejanza de su plan y por los restos que encierran, delatan la existencia de una extendida raza, de ellos erectora, que se hallaba en el grado de civilización llamado de la Edad de piedra.

Difícil es determinar la fecha y tiempo durante el cual se levantaron aquellas trincheras y montículos, pero podemos asegurar que debieran correr largos siglos disponiéndose de idéntica manera, sirviendo algunos después de base á otros monumentos, levantados por los pueblos cultos, que desalojaran de sus territorios á sus primitivos poseedores. Pero también tenemos memoria de que aún se ejecutaban estos trabajos en tiempos del descubrimiento, en la parte oriental, donde encontraron los conquistadores tales trincheras y defensas, como de construcción y uso corrientes.

Estos montículos y terraplenes representan la primera etapa del arte monumental en aquel Mundo, y en los restos que contienen el primer estado de sus industrias; diríase que

manifiestan la espontánea y primitiva expresión del genio americano, si no tuviéramos sus antecedentes en la Siberia y Oriente asiático, entre aquellas gentes protoasiáticas, que «pasaron los mares cuando no eran mares, alumbrados por aquel sol que no era sol ni tenía ninguna fuerza».

Mas aun así aparecen siempre como la iniciación de las Artes en el Nuevo Mundo, como la primera aspiración al rigor geométrico y hasta á la planta simbólica ó caprichosa, pues los modelos á que obedecen son tan diferentes como extraños, variando en su configuración, según el uso á que se los destinaba. Constituyen una verdadera arquitectura en tierra, no sólo con destino funerario, como en sus numerosísimos túmulos, sino también cual trincheras, diques, cercados de recintos religiosos y de bases para sus altares y templos. ✓

Algunas veces mezclan en su construcción la tierra con los cantos rodados y piedras sueltas, de relativo tamaño, empezando á tomar el aspecto megalítico; otros combinan perfectamente ambos materiales, hasta realizar el verdadero dolmen.

La extensión del territorio ocupado por los *Mounds* nos indica también la de la raza que los construyó: abundantísimos en la región de los modernos Estados Unidos, no existen, en cambio, en aquellas otras habitadas por gentes más salvajes, ni en las ocupadas más tarde por los pueblos superiores, que ó los destruyeron, ó utilizaron para las defensas y bases de sus templos; así no es de extrañar su mayor abundancia conforme nos acercamos á las costas del Atlántico, al contrario de lo que acontece en las del Pacífico.

Lo más original en algunos de ellos es haber querido representar por su planta figuras geométricas de cierto simbolismo, ó que dibujaran la figura de animales, de difícil clasificación, llegando en otros hasta agrupar al hombre; pero por su carencia absoluta de miembros arquitectónicos, y por el excaso adelanto que indican los objetos encontrados en ellos; por la ausencia de los metales, pues sólo nos ofrecen el cobre, trabajado por percusión, cual si fuera una piedra que cede al golpe, no vemos en la raza que los levantó sino una gran

masa humana, que no avanza en su cultura más allá de la época lítica, permaneciendo en ella por muchos siglos estacionada, sin permitirnos considerarla como el principio de una civilización que ha de desarrollarse por su propio progreso; este gran paso se deberá, en la América, no á la evolución de los *Mounds Builders*, sino al impulso de otras gentes, que vendrán de otra parte, con otros progresos y enseñanzas (1).

Digno de notar es que entre estos primitivos monumentos, se descubran también las más simples manifestaciones del Arte escultórico y pictórico americano; entre los objetos encontrados en ellos, son notables las pipas, adornadas con representaciones de animales, algunas veces harto caracterizados y hasta con cabezas y figuras humanas, que bastante nos manifiestan el tipo de sus escultores, no muy lejano de los modernos salvajes de aquellas regiones. También la vasijería toma formas escultóricas fantaseadas, notándose en los vasos motivos de ornamentación pictórica, que después se conservan, repitiéndose en otros pueblos más adelantados. Tal es la producción artística de aquellas dilatadas tribus doliacéfalas, de las que, según los mejor informados, vemos sus representantes en los indígenas actuales de tales regiones (2), y de aquellos mismos que, cuando arribaran los primeros europeos, aún construían sus ciudades bajo el propio sistema de defensa por terraplenes, como los que describe Garcilaso de la Vega.

Los exploradores Narváez, Hernández de Soto y sus Capitanes, encontraron pueblos fortificados de este modo, con los que sostuvieron reñidos combates, y viajeros de los siglos XVII y XVIII hallaban con frecuencia á los indios de aquellas regiones parapetados tras trincheras, dispuestas á la manera de los más clásicos *Mounds Builders*.

Entre los pueblos emigrantes que van formando la larga cadena de los imperios occidentales y del Anahuac, las Artes

(1) Para los *Mounds Builders* de los Estados Unidos véase todo el tomo del *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1890-91.

(2) Véase Garcilaso: *Historia de la Conquista de la Florida*, tomo I, pág. 136, y también el *Report of the Peabody Museum*: tomo II, pág. 75.

presentan otros caracteres muy distintos. La cultura que manifiestan nos coloca en el dilema de, ó concederles un genio inventivo extraordinario, sin precedentes ni derivaciones, teoría inaceptable, conociendo la tramitación natural de la cultura, ó considerarlos, con más fundamento, como introductores de adelantos que tienen sus raíces en otras partes y en otras civilizaciones anteriores.

Constante es la memoria de que aquellos toltecas, fundadores del primer Imperio en el Anahuac, fueron llamados *los arquitectos*, los constructores por excelencia. Ellos parecen, en efecto, haber sido allí los maestros en el arte de labrar y disponer las piedras para formar los edificios; ellos, también, los que introducen la superior cultura; los pintores más arcaicos; los primeros que funden los metales preciosos y fabrican las más bellas joyas; los artistas, en fin, que hasta entonces no habían aparecido en el suelo americano.

Pero en su sistema de construcción, en la planta y alzado de sus monumentos, en los motivos que aceptan y desarrollan para sus exornos, podemos ver claro un origen extraño. Ciertamente que no nos quedan apenas monumentos toltecas, pero en el resto de los americanos, contruidos siguiendo en todo sus tradiciones, como veremos, podemos contemplar la mayor parte de sus caracteres.

Su sistema de construcción fué bien sencillo; sus miembros arquitectónicos escasos, y poco uso hicieron de la columna los arquitectos del Nuevo Mundo; no faltan, sin embargo, de ellas en Tula y otras ciudades de los toltecas, ni en Mitla, Palenque y Ake, con su sala hipóstila y otras ruinas del Centro-América; pero, en general, fué la pilastra la preferida, sobre la que descansaba siempre la techumbre arquitrabada; jamás se ve el arco en estos monumentos, como tampoco existe en los primitivos indios y del Oriente asiáticos; pasaron aún varios siglos de nuestra Era antes que llegara al Asia oriental la invención etrusco-romana, y los arquitectos que emigraron al país de Fu-sang, no podían llevar allá lo que ignoraban existía en el otro extremo del mundo; solo la falsa bóveda asiática que los arquitectos franceses llaman *encorbellement*, se ve en

muchas ruinas, bóveda de origen asirio, empleada por largos siglos después en la India y en el Asia oriental; aceptando, además, como frecuente base para sus templos, las pirámides escalonadas, en todo conformes con la construcción y modelo de los *zigurás* asirios y caldeos.

No creemos siquiera necesario rebatir el origen egipcio de la pirámide americana; petrificación, por decirlo así, del terroso *mound*, bastión del templo que se eleva en su cima, es sólo una basa, un pedestal que sirve para alejar al ídolo de toda ofensa y hacer más visibles las ceremonias religiosas.

Por los procedimientos empleados en la construcción de aquellos edificios, podemos deducir algo de su fecha ú orden cronológico; pues mientras vemos en los de mayor antigüedad empleado el trabajo más rudo y fatigoso para labrar las grandes piedras, talladas pacientemente, con labores sencillas, propias de los primitivos estilos, observamos en los más modernos la aplicación de los medios para obtener mayor riqueza ornamental, á costa del menor trabajo, empleando procedimientos que lo simplifican, como el uso de los estucos, tallados en blando y endurecidos por sí después, las aplicaciones del barro cocido, de la madera pintada y demás progresos que facilitan la ejecución, aunque sea á costa de la solidez y eternidad de lo edificado.

En todo obedecen, por esto, á las tradiciones asiáticas los monumentos americanos; en su planta, en sus alzados, en sus sistemas de construcción, en los motivos ornamentales y hasta en los signos masónicos ó lapidarios de que están llenos sus muros. El origen, desarrollo y probable cronología de tales ruinas, es lo que pretendemos esclarecer en lo posible.

A dos grandes matrices corresponden, por sus caracteres arquitectónicos, los monumentos americanos: la una, de aspecto petreo ó megalítico, y la otra de composición arquitectónica, de ensamblaje entre sus miembros. Cada una de ellas parece pertenecer y ser propia de distintas gentes, que corren por diversas comarcas, dejándonos en ellas las reliquias de su paso. En las primeras reconocemos una rama, que penetrando por el NO., y sin alejarse mucho de la costa, bien por empujes

de otras ó por las malas condiciones de los sitios á donde se establecen, no cesan de marchar en su emigración, hacia el Sur, hasta hacer su definitivo asiento en el valle del Perú.

Esta es la rama aimara-quichua, á la que corresponde el tipo primero de construcción consignado. La segunda, nahua-maya, penetrando más hacia el interior, se dilata y asienta en el Anahuac, y después en el Centro-América, haciendo su primera explosión de cultura con el Imperio de los toltecas. La primera es más utilitaria, más sencilla y menos artística: construye á la manera megalítica, perfeccionada en cuanto le es posible, y atendiendo con preferencia á las obras de necesidad, á la Ingeniería que á la Arquitectura; la segunda, más amante del exorno, más artística, aunque menos original, ofrécenos á cada paso, en sus construcciones, el reflejo de las levantadas en el extremo oriental asiático.

Sin pretender formular una clasificación cerrada, vemos, en efecto, aparecer por la Colombia inglesa las construcciones en piedra más antiguas, correspondientes á la primera rama, sencillísimas en su aparejo, pero que obedecen á un plan geométrico, propio y constante de aquellas gentes, en que vemos los más primitivos enterramientos por *huacas*. Llegados al Arizona, nos hallamos con los antiquísimos *pueblos*; con las ruinas de los Zuñis y la gran fortaleza llamada Casa Grande (1). Después, allí cerca, las primitivas fortificaciones, completamente abandonadas y desiertas cuando la conquista española, de los *Cliff Dwellers*, en los cañones ó desfiladeros del Colorado, tan perfectamente contruidos como pintorescas, por su colocación en los más inexpugnables lugares, al abrigo de las grandes oquedades de aquellas montañas, y cuyos enterramientos, cerámica y tantos otros restos, nos los presentan como los precursores de los Incas (2). Pero no les fué allí posible la vida á sus moradores, por la aridez y sequedad extremas de la comarca, y bajando hacia el Sur, nos dejaron

(1) Véase *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1886-87.

(2) Véase el estudio tan completo que de ellos ha hecho Gustavo Nordstedkiol en su obra sobre los *Cliff Dwellers*.

en la propia tierra mejicana huellas de su paso, quizá en el curioso y característico ejemplar del templo de Xucunan, y mucho en Campoala y en el propio Méjico: luego los vemos aparecer en la región central, á la orilla de la laguna de Nicaragua, con un curioso templo (1) y otros restos, y pasando al continente Sur, definitivo lugar de su asiento, los hallamos construyendo el templo del Cayo en Quito, y el de Inga-Pirga y del Sol en el Ecuador. Llegados al Perú, en dos etapas sucesivas, nos proporcionan las construcciones verdaderamente ciclópeas de Tiaguanaco, y las monumentales ciudades del Chimu, Pachacamac y otras, sometidas todas al cabo por la estirpe de los Incas, constructores éstos de las grandes vías, de los recintos sagrados del Titicaca, de los Alcázares y Templos del Cuzco y de todos los últimos monumentos de su espléndido Imperio.

En toda esta larga cadena artística permanecen siempre los propios caracteres de su estilo; la construcción es sencillísima en su despiece, irregular en sus bloques, aunque sometidos al rigor geométrico en las líneas; en todos se atiende más á la gran solidez, aspiración del ingeniero, que á la belleza de los perfiles y del exorno, buscada principalmente por el arquitecto; hasta el punto que los huecos siempre se abren más angostos por su parte superior que por la inferior, para disminuir así el tamaño y trabajo de sus dinteles (2).

Más valientes constructores se presentan los nahuas-mayas; estos son los que realizan los más atrevidos planes artísticos en la América. Cierto que su sistema de construcción es también muy sencillo, siempre adintelado, sin emplear en su cierre más que la falsa bóveda, pero dando gran importancia al elemento decorativo, al que imprimen á veces un marcado aspecto de ensamblaje de maderas, propio de toda verdadera arquitectura en todos los pueblos.

Ya hemos visto ostentar los toltecas el título de *arquitectos*

(1) Estudiado y reconstruído por el Dr. Babalins.

(2) Véase *Sobre Tiaguanaco* la excelente obra de este título, publicada recientemente por H. Stubel y M. Hule.

por excelencia; á ellos debióse todo el desarrollo arquitectónico en el Anahuac; á sus enseñanzas obedecieron también los mixtecos-zapatecos, por causas que apuntaremos, los quichés de Palenque y Menché, y hasta los más modernos mayas, siguieron sus inspiraciones en Uxmal y en Chichen-Itza.

Es indudable que los toltecas dieron el tipo general, no sólo de las construcciones, sino del número y disposición de ellas en cada recinto. De los restos monumentales que nos quedan en sus primitivas ciudades de Tula, Teotihuacan y Cholula así se deduce, siendo en la segunda, ó sea en la ciudad de los dioses, donde hallamos los patrones que después hemos de ver repetirse en todas las posteriores.

Los primitivos toltecas eran sabeistas, adoradores del sol y de la luna, y en Teotihuacan elevan las dos grandes pirámides dedicadas á estos dos astros, reyes del día y de la noche, que aún permanecen á unos 800 metros la una de la otra, por unos 50 de altura; la de Tonatiuhzamilli, ó sea el sol soberano, y Meztliuacalli, ó sea la luna (la Milita asiática). Allí también establecieron el primer juego de pelota, los Colegios de los sacerdotes y todos los edificios propios de un tan importante centro religioso. En Tula, hizo el Rey Tlacomihua grandes y suntuosos edificios, entre ellos el célebre templo de la Rana, con «todos sus aderezos de oro y piedras, y la rana de esmeraldas» (1), citándose, además, suntuosos palacios en Toluca, en Cuauhuahuac y otros puntos, cuyas descripciones nos dan idea de su magnificencia.

Tranquilos se hallaban aquellos magos, adoradores del sol, en el ejercicio de su culto, cuando llegó á Tula Quetzalcohal; es decir, el misionero budhista, que pasaba á América, á ejercer la misma propaganda que en Asia había verificado; y aunque la lucha fué empeñada y el cisma sobrevino, al fin venció en la tierra de Fu-sang, como había vencido en todas partes, y refugiado en Cholula, hizo de esta ciudad la ciudad santa, que elevó en su honor la tercera gran pirámide, donde tenía su asiento la *serpiente de plumas, la estrella de la mañana,*

(1) Alba Ixizitlozli: *Historia tolteca*, I, pág. 35.

que todas estas denominaciones toma, arraigando de tal suerte su doctrina, que nunca dejaremos de verla prevalecer, al lado de las demás idolatrias de los nahuas-mayas, durante toda su larga historia. Establecido sólidamente Quetzalcohal en Cholula, envió discípulos que sembraran la semilla de su doctrina por todos los países del Sur, los que llegaron hasta las regiones que después habían de llamarse de los mixtecos y zapatecos, surgiendo entonces, en toda la extensión de aquel suelo, monumentos que testimoniaban la aceptación y auge de aquellas doctrinas, todos de carácter budhista marcadísimo, como el templo de Xochicalco, exornado por completo con el emblema de la serpiente de plumas, dibujada con valentía ornamental admirable; y el templo del Tajin en Papantla, ó sea la gran pirámide de siete pisos, exornados con nichos y cornisas, en el que casi vemos reproducido el más famoso monumento budhista que se conoce, el templo de Boro-Boro de la isla de Jaba. Por último, á ellos parece deberse los antros de Mitla, los célebres panteones ó lugares de muerte, asiento del gran Pontífice llamado Huijatao, al que no se podía mirar sin morir, tan notable por su estilo como por sus misterios (1).

Pero nunca pudieron gozar los nahuas de la posesión tranquila de aquellas comarcas: por su contacto con los bárbaros del Norte excitan la codicia de estos, que bajan en distintas ocasiones arrollando y destruyendo aquellos florecientes Imperios, de los que adquieren, al someterlos, algo de su cultura. La primera invasión fué la de los chichimecas, los perros, los más crueles y salvajes, que por su condición y hasta por sus vestidos, se pueden asimilar á los más fieros pieles-rojas; los que al mando luego del gran Xolotl concluyeron definitivamente con el Imperio de los toltecas. Estos bajaron fugitivos al Chiapas, aportando allí todos los elementos de su civilización; y fundando el Imperio quiché de Xibalba (de las serpientes), reprodujeron en Palenque y Menché las construcciones de Teotihuacan y Cholula, uniendo siempre ya el culto de los astros con el de Quetzalcohal, llamado aquí Cuculcan.

(1) Torquemada, *Monarquía indiana*, libro III, cap. VII.

Las ruinas de Palenque (el antiguo Nachan) han sido las más visitadas desde los días de la conquista, y en ellas vemos levantarse las dos tradicionales pirámides del Sol y de la Luna, y los Palacios y Conventos á ellas adherentes, con su gran torre ú observatorio, encontrándose allí el tan famoso templo de la Cruz, de procedencia budhista, como hemos apuntado. Por su construcción, por el empleo de los estucos y del barro cocido, por sus relieves y exornos, el centro puramente religioso de los quichés, empieza á mostrarnos los mayores adelantos obtenidos por el arte americano; los catunes epigráficos son allí más abundantes que en ningún otro sitio.

Pero la semilla de la civilización sembrada en el Anahuac y la sangre nahua de los sometidos que allí permanecían, no podía por menos que aspirar á la dominación á que se creían obligados, sobreponiéndose al cabo á los bárbaros invasores, del propio modo que ha ocurrido siempre en semejantes casos.

Los acolhuas, de pura cepa nahua, encontraron en Nezahualcoyolt á su redentor, el cual, después de las vicisitudes de todos conocidas, concluyó con el poder de los chichimecas, tepanecas y otros *mecas* invasores, restableciendo el Imperio y la cultura nahua, bajo la forma de un floreciente renacimiento. Los chichimecas habían sido poco artistas, pero los acolhuas demostraron al punto, que no había muerto en ellos el espíritu constructor que los distinguiera en su origen.

El Rey poeta, el Rey legislador, fué también gran arquitecto, y apenas afianzado en su trono, elevó palacios, templos y quintas, cuya fecha y disposición nos son perfectamente conocidas por fieles descripciones, y cuyos restos aún subsisten, testimoniando la exactitud de aquéllas (1).

En sus palacios y quintas encontramos la planta puramente asiática, distribuida en los tres departamentos principales de el Mexuar, el Serrallo, ó sea el conjunto de las Salas para los actos públicos, y el Harén, ó departamento para la vida privada; disposición que comienza en los Alcázares assirios, y

(1) Véase Alba Ixtlixolchitl: *Historia Chichimeca*, II, pág. 173, 183, 209, etc., y también la *Relación de Pomar*, México, 1894.

que es aceptada después por todos los Soberanos orientales. En los templos vemos las mismas tradiciones asiáticas, derivadas de los zigurás caldeos. Muchos de aquellos monumentos de Tezcucó, debidos al gran Rey, han desaparecido: abundante en ellos la madera, más que en otros americanos, se utilizaron las cuerdas que dejó su constructor pendientes de las vigas, al tenor de sus presentimientos; pero las descripciones de Alba, Pomar y otros que llegaron á verlos, nos merecen el mayor crédito y nos los pintan con gran sinceridad y carácter: aún podemos contemplar restos tan interesantes como los de la quinta ó lugar de recreo de Texcutzinco, donde sobre escarpada roca, que tiene el abismo á sus pies, se observan escavados los célebres *Baños del Monarca Acolhua*, con importantes ruinas de otros monumentos (1).

Mas no por esto estaban vencidos para siempre los pueblos bárbaros que bajaban del Atlán, ni habían cesado las opresiones para los nahuas: diversas invasiones se venían sucediendo, siendo la última y más importante la de los aztecas, al fin denominadores de todos los pueblos de la región de la laguna, que hicieran de Tenocitlan, ó México, la corte de su dilatado Imperio: dirigiendo las conquistas hacia el Sur, invadieron también el Chiapas, acabando con la independencia de los quichés. Entonces, de su mezcla con ellos, nacieron los mixtecas, híbrido pueblo que, alterando su lengua, modificando sus ritos é introduciendo entre ellos los sacrificios humanos, concluyeron, en una palabra, con el Imperio de Xibalba y con todas sus más elevadas instituciones. Los fieles observadores de sus venerandas tradiciones, tuvieron que emigrar; unos cambiaron las frondosas alamedas de la región quiché por las áridas llanuras del Yucatán, al Oriente; estos fueron los *mayas*, nombre más geográfico que de raza (lugar seco y árido): otros bajaron al Sur, alcanzando hasta Tikal y Copan, límite meridional de la expansión de los nahuas.

(1) Véase la transcripción del trabajo inédito de D. Antonio García Cubas sobre Texcutzinco, que inserta Chavero en su *México á través de los siglos*, I, pág. 671.